

EL CARISMATISMO FRENTE A LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Víctor E. Ampuero Matta

DESDE hace un par de décadas, va adquiriendo una difusión cada vez mayor el denominado Movimiento Carismático (algunos de sus propulsores suelen llamarlo también Movimiento de Renovación).

El sustantivo "carismatismo" y el adjetivo "carismático" provienen de dos palabras griegas tò jàrisma (en singular) y tà jàrismata (en plural) que corresponden con los "dones" del Espíritu (1 Cor. 12; Efe. 4; 1 Cor. 14).

La iglesia cristiana primitiva era carismática. Lo demuestra el libro de los Hechos de los Apóstoles que abunda en ejemplos de la acción dinámica y prodigiosa del Espíritu Santo mediante sus instrumentos humanos: los apóstoles (caps. 2; 3:6-9; 5:7-10, 12-16; 9:32-35, 36-43; 10:44-46; etc.) y en un caso mediante uno de los diáconos (Hech. 9:26, 39, 40).

Indudablemente los dones del Espíritu actuaban en la iglesia, pero siempre su presencia era "para la edificación del cuerpo de Cristo" (Efe. 4:12, 13). Las manifestaciones carismáticas estaban regidas por el poder celestial y la sabiduría divina que se expresa "decentemente y con orden" (1 Cor. 14:40).

Recordemos que el apóstol Pablo dio instrucciones precisas a fin de que no hubiera confusiones ni equívocos en lo que respecta a hablar en lenguas, uno de los "dones espirituales" que debía ser para "edificación de la iglesia" (1 Cor. 14:12).

Naturaleza del Espíritu Santo

Puesto que el Espíritu de Dios es el centro y origen de los "dones" y el que los debe repartir (1 Cor. 12:11), conviene que sepamos que "no es esencial que nosotros seamos capaces de definir con precisión qué es el Espíritu Santo... La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla porque el Señor no se las ha revelado" (Hechos de los Apóstoles, págs. 42, 43). Sin embargo, "el fruto del Espíritu" puede manifestarse con caracteres inconfundibles en las vidas humanas (Gál. 5:22, 23). De modo que deben descartarse polémicas "interminables" que

"acarrear disputas más bien que edificación de Dios" (1 Tim. 1:4) acerca de cómo es en su esencia el Espíritu Santo y en qué forma actúa para llegar a influir en los diminutos y frágiles seres humanos y aun para morar en ellos. Lo que sí tiene una importancia capital es la presencia de esos preciosos frutos en nuestra vida.

En el Pentecostés

Aunque el Espíritu Santo siempre estuvo en acción, fue en los días de la naciente Iglesia cristiana cuando se manifestó con mayor plenitud. "Durante la era patriarcal, la influencia del Espíritu Santo se había revelado a menudo en forma señalada, pero nunca en su plenitud. Ahora (en el Pentecostés) en obediencia a la palabra del Salvador, los discípulos ofrecieron sus súplicas por este don, y en el cielo Cristo añadió su intercesión. Reclamó el don del Espíritu para poderlo derramar sobre su pueblo" (Hechos de los Apóstoles, págs. 30, 31).

¿Elevamos nuestras súplicas para que hoy -- en el seno de la Iglesia Adventista -- haya una efusión plena de los dones del Espíritu? ¿Nos esforzamos y oramos para que "en el cielo Cristo" añada "su intercesión" a fin de que el "don del Espíritu" se derrame "sobre su pueblo"? Dé cada uno respuesta a estas preguntas. Considere cada uno su propia tibieza, indiferencia o descuido en lo que atañe a este tema. Quizá la manifiesta suficiencia propia de Laodicea actúe como un obstáculo entre nosotros.

Posibles engaños

En todas las épocas, nuestro "adversario el diablo" (2 Ped. 5:8), ha procurado falsificar la verdad y desvirtuarla. Con mayor razón en nuestros días cuando sabe "que tiene poco tiempo" (Apoc. 12:12). En el Nuevo Testamento encontramos reiteradas advertencias en cuanto a los engaños de que podemos ser víctimas. Sabemos que muchos falsos maestros se presentaban en el nombre de Cristo (Mat. 24:5). Ha habido y habrá en forma más intensa una "obra de Satanás ... con todo engaño de iniquidad" que logrará que "los que se pierden ... crean la mentira" (2 Tes. 2:9-11). El mismo querubín rebelde "se disfraza como ángel de luz" (2 Cor. 11:14). Y lo que es más importante para el tema que estamos presentando, tenemos la obligación de probar "los espíritus ... porque muchos falsos profetas han salido por el mundo" (1 Juan 4:1).

Claros ejemplos para discernir la obra del Espíritu

Aunque no sepamos cómo es posible que Dios mismo penetre en nuestra mente

con su Espíritu, mueva nuestra voluntad --si se lo permitimos-- y dinamice nuestra vida para bien, disponemos de varios ejemplos de personas en quienes actuó el Espíritu Santo.

El caso de David. Habiendo sido ungido por Samuel, "desde aquel día en adelante el Espíritu de Jehová vino sobre David" (1 Sam. 16:13). El podía consultar directamente a Dios (1 Sam. 23:2). Pudo decir: "El Espíritu de Jehová ha hablado por mí" (2 Sam. 23:2). En su angustia, debido a su pecado, temió perder la compañía de ese Espíritu (Sal. 51:11).

El caso de Saúl. Dios tenía un plan para Saúl, por eso iba a recibir el Espíritu "con poder" (1 Sam. 10:6). Desgraciadamente, Saúl fue rebelde a ese plan.

El caso de Balaam. El Espíritu obligó a Balaam a que profetizara en contra de los planes y deseos de ese profeta apóstata y venal (Núm. 24:2).

El caso del caprichoso Sansón. "El Espíritu de Jehová vino sobre Sansón, quien despedazó al león como quien despedaza un cabrito, sin tener nada en su mano" (Juec. 14:3). Posteriormente, por la inconducta de Sansón, Dios se apartó de él (Juec. 16:20).

A veces el Espíritu se manifestaba en forma prodigiosa. Podía llevar a Elías tras ladándolo a algún lugar remoto (1 Rey. 18:12). Los "hijos de los profetas" sabían que ese Espíritu podía arrebatarse a Elías (como efectivamente lo hizo) (2 Rey. 2:16). Ezequiel fue transportado por el Espíritu hasta Tel-abib (lugar que hoy no se puede identificar) (Eze. 3:12-15). Hubo otro caso cuando Ezequiel quizá fue transportado literalmente por el Espíritu o tal vez sólo fue arrebatado "en visiones" (Eze. 8:3; cf. 2 Cor. 12:2, 3).

En todos estos casos, la obra del Espíritu obedeció a un claro propósito. Siempre fue categórica, nítida, bien definida, absolutamente inequívoca, inconfundiblemente divina.

En cambio, los "encantadores" y "adivinos" "susurran hablando", ("bisbisean", es decir hablan entre dientes, según la Biblia de Jerusalén) y "murmuran", (BJ), es decir murmuran (Isa. 8:19). Hay pues un clarísimo contraste entre Dios que es luz y el espíritu malo que es oscuridad y confusión.

Por eso los oráculos paganos de la antigüedad y las sibilas solían expresarse en una forma que pudiera entenderse de más de una manera. De ahí nuestro adjetivo castellano "sibilino".

En los días del antiguo Israel, Dios enviaba su "buen Espíritu para enseñarles"

(Neh. 9:20). Esa obra proveniente del Cielo --benéfica en su naturaleza y siempre positiva y útil-- no puede ni debe confundirse con las confusas manifestaciones de la "glosolalia" de antaño y moderna.

Una diferencia que debe resaltar

Frente a quienes pretenden hablar "en lenguas" --y que en realidad "blablean", repiten sílabas incoherentes y expresan otros sonidos carentes de todo sentido (con lo que se colocan en la categoría señalada en Isa. 8:19)-- debe resaltar el contraste de quienes hablan de acuerdo con "la ley"* y "el testimonio" (Isa. 8:20).

Mientras más lealmente se comporte un cristiano, de acuerdo con la voluntad divina expresada en la Palabra celestial, mayor será la diferencia que habrá entre "el que sirve a Dios" (Mal. 3:18) y el que principalmente se guía por emociones fallibles, raptos de fervor colectivo y momentos de entusiasmo provocados por supuestas manifestaciones carismáticas, cuando en realidad no está yendo por las "sendas antiguas... el buen camino" (Jer. 6:16).

Una razón para que exista el llamado "movimiento carismático"

Se ha mencionado repetidas veces --por ejemplo en los círculos de la Sociedad Bíblica Argentina-- que "el frío formalismo de las iglesias evangélicas ha ocasionado el surgimiento y crecimiento del movimiento carismático". La tibieza y apatía reinantes en iglesias que han ido decayendo más y más ha sido la razón para que miles de personas prefieran los ciegos arrebatos de fervor religioso que se viven en las reuniones "carismáticas", aunque esas manifestaciones, tan llenas de sentimiento, no tengan una base firme en las Escrituras.

Preguntamos, ¿existe también ese "frío formalismo" en la Iglesia Adventista? ¿Hay tibieza y apatía en nuestras filas? El "Amén, el testigo fiel y verdadero" (Apoc. 3:14) conoce muy bien la condición de todos los que invocan "el nombre de Cristo" (2 Tim. 2:19). Por cierto, tiene en cuenta el estado de la Iglesia Adventista. Sabe que, a pesar de nuestra jactancia de ser "ricos" y de habernos "enriquecido" y de no tener necesidad de "ninguna cosa" (Apoc. 3:17), no somos más que "desventurados", "miserables", "pobres", "ciegos" y "desnudos".

Dios nos insta para que seamos "luminares en el mundo" (Fil. 2:15). Quiere que actúe en nosotros "la fe que obra por el amor" (Gál. 5:6); que estemos realmente convertidos, es decir que seamos "una nueva creación" (Gál. 6:15) y que enseñemos a otros y practiquemos la obediencia a "los mandamientos de Dios" (1 Cor. 7:19).

Respuesta final

Sin duda hay muchos cristianos "carismáticos" que están bien intencionados. Su-
ponemos que la mayoría de ellos son sinceros en lo que creen, experimentan y ense-
ñan. De los tales estamos convencidos que se puede decir --como lo expresó el apóstol Pablo refiriéndose a muchos de los judíos de sus días-- "tienen celo de Dios, pe-
ro no conforme a ciencia" (Rom. 10:2).

En lo que respecta al Espíritu Santo --de cuyos dones creen ser receptáculos de un modo especial los "carismáticos"-- debemos recordarles que Dios sólo "ha dado" su "Espíritu ... a los que le obedecen" (Hech. 5:32). Será pues necesario estudiar con ellos cuál es la voluntad del Altísimo en lo que atañe a la indispensable obediencia que espera de todo hombre (Ecl. 12:13, 14; Rom. 6:16; 16:26; 2 Cor. 10:5, 3; 2 Tes. 1:8; 1 Ped. 1:22; etc.). Sin embargo, al lado de esa sumisión ante el Decálogo y ante los otros requerimientos que demanda el Eterno, deberá resaltar el reconocimiento de que nuestra obediencia siempre será débil e imperfecta y por lo tanto insuficiente. Esta convicción humilla al creyente delante del Cielo y hace que su norma de conducta resulte "mayor que la de los escribas y fariseos" (Mat. 5:20) que confiaban en sí mismos y en sus obras. Este es el camino a seguir para que nítidamente aparezca Cristo como el único, perfecto y eficaz Salvador "para todos los que le obedecen" (Heb. 5:9).

En cuanto a la obra que debemos hacer en este tiempo, leemos: "Despiértense las iglesias (adventistas) antes de que sea eternamente demasiado tarde. Asuma cada miembro su obra individual y vindique el nombre del Señor que lleva sobre sí. Que la fe sana y la ferviente piedad reemplacen a la pereza y la incredulidad" (Joyas de los Testimonios, t. 3, pág. 70). "Dios tiene grandes victorias en reserva para sus hijos que aman la verdad y guardan sus mandamientos. Los campos están ya blancos para la siega. Tenemos luz y ricos y gloriosos dones del cielo en la verdad preparada para nuestras manos; pero no se han preparado y disciplinado hombres y mujeres para trabajar en los campos que están madurando rápidamente" (Id., t. 2, pág. 227). "En estas horas finales del tiempo de gracia concedido a los hijos de los hombres, cuando falta tan poco para que la suerte de cada alma sea decidida para siempre, el Señor ... espera que su Iglesia se levante" (Profetas y Reyes, págs. 528, 529).

La Iglesia Adventista es "el" instrumento que Dios ha venido usando y usa para dar los mensajes de Apoc. 14:6-12 y 18:1-4. Pidamos, instemos y exhortemos a otros para que salgan de los errores de Babilonia (Apoc. 18:2-4) y ni por un momento dudemos del triunfo final del bien y la verdad.

*La palabra hebrea toráh, traducida como "ley" en diversas versiones en varios idiomas, en su sentido más amplio significa "enseñanza". Todas las instrucciones, doctrinas y órdenes divinas --lo que, por supuesto, incluye el Decálogo-- son toráh.